

Colombia y Corea: un camino sin recorrer*

*Fernando Barbosa***

Resumen

Los vínculos bilaterales entre Colombia y Corea del Sur se han desarrollado dentro de un marco convencional. Las excepciones como la participación de Colombia en el conflicto coreano (1950-1953) y la apertura de embajadas parecen concernir con los cambios en las relaciones de ambos países con Estados Unidos. Si bien fue posible construir un símbolo binacional alrededor de la guerra, no ha sido factible pasar de la retórica al establecimiento de un diálogo positivo y estable ni a la ejecución de proyectos de aliento.

Palabras clave: Corea, relaciones bilaterales, guerra coreana, historia.

Abstract

The bilateral relations between Colombia and South Korea have evolved within a conventional framework. The exceptional changes, namely the participation of Colombia in the Korean War and the opening of missions, have been product of the change in the relations of both governments with Washington. Although it was possible to build a binational symbol around the War, it has not overcome the level of the rhetoric to construct a positive and stable dialogue nor the execution of significant projects.

Keywords: Korea, bilateral relations, Korean War, history.

La guerra de Corea

Las relaciones entre Colombia y Corea del Sur tienen su origen en la guerra que se libró en la península coreana entre 1950 y 1953. Como se conoce bien, la participación

* Esta es una versión de la investigación llevada a cabo en Seúl entre septiembre y diciembre de 2004 con el auspicio de la Korea foundation.

** Politólogo, consultor independiente. Correo electrónico: fernandobarbosa.reorient@gmail.com

colombiana se hizo mediante el envío de un número considerable de miembros de su Ejército. Sobre lo sucedido allí en el campo militar, los protagonistas han escrito y dejado su testimonio. Pero al lado de esta historia, hay un tema que reviste gran importancia en las relaciones internacionales de Colombia que no ha sido destacado. En efecto, como se verá adelante, la decisión de enviar tropas a tan remoto país con el que no teníamos el menor contacto, es la primera determinación autónoma —y posiblemente la única hasta ahora— que ha tomado el gobierno de Colombia como actor independiente en la región asiática.

Colombia, a mediados del siglo XX, vivía un periodo de enfrentamiento obcecado entre los dos partidos tradicionales: Liberal y Conservador. Los acontecimientos que siguieron al asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948, desembocaron en una grave polarización política del país y en la aparición de la violencia de origen partidista. Las elecciones presidenciales de 1950 se dieron en medio de una gran tensión agravada por la ausencia de candidatos de la oposición. El aspirante liberal, Darío Echandía, se retiró de la contienda a raíz del homicidio de su hermano. De tal manera, el único nombre que fue propuesto en las urnas a los ciudadanos fue el del líder conservador Laureano Gómez, miembro del partido gobernante.

Al otro lado del Pacífico, el domingo 25 de junio de 1950, los tanques de Corea del Norte atraviesan el paralelo 38 y se inicia la confrontación que duraría hasta el armisticio de 1953. La respuesta del presidente Truman fue instantánea. A los dos días ordenó al general McArthur movilizar las fuerzas de aire y mar que estaban en Japón, para apoyar al Ejército surcoreano. Con igual prontitud solicitó la intervención del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que expidió una resolución demandando el retiro del Ejército norcoreano, y requirió la participación y el apoyo de todos sus miembros. El 7 de julio el mismo Consejo conformó el comando militar unificado con la dirección de los Estados Unidos (Seth, 2011).

Colombia contestó el llamado de las Naciones Unidas el 28 de julio de 1950 en las postrimerías del gobierno de Ospina Pérez (Valencia y Sandoval, 2001). Sin duda la respuesta fue consultada con el presidente electo, quien ya se había pronunciado a favor de la intervención estadounidense y ofrecido el apoyo irrestricto de su gobierno a la defensa de los derechos humanos, según consta en un despacho de la Embajada de Estados Unidos en Bogotá fechado el 30 de junio (Valencia y Sandoval, 2001).

Debe decirse, con base en los documentos, que la determinación del gobierno colombiano de participar activamente en el conflicto, fue producto de una decisión sólida. Tanto así que mereció ser mencionada en el discurso de Gómez al tomar posesión ante la Corte Suprema de Justicia, el 7 de agosto. Allí afirmó lo siguiente:

Reconstruida internamente nuestra República sobre bases firmes y austeras, acaso nos sea dable aparecer entre las demás naciones de la tierra honrados en nuestra pequeñez y fuertes por la integridad moral de nuestros propósitos, para colocarnos

sin ninguna vacilación del lado defensor de la soberanía e independencia de los pueblos y de la libertad y dignidad de los hombres que la tiranía comunista destruye. Los Estados Unidos están enviando la vanguardia de su juventud a una lucha sangrienta en defensa de esos principios, y mi espíritu no quedaría satisfecho si en estos momentos mis labios dejaran de pronunciar las palabras de admiración y reconocimiento por el heroico esfuerzo que se hace por salvar la civilización (Monsalve, 1954: 507).

Desde tiempo atrás, Washington no veía con buenos ojos a Gómez. Tal percepción negativa se hizo más evidente durante la campaña electoral y durante los días previos a la posesión. Había dudas sobre las reformas que trataría de introducir y las sospechas se concentraban en la ideología fascista que parecería guiar su pensamiento. El muy combativo dirigente conservador, años atrás embajador de Colombia ante el gobierno alemán, en los preámbulos y al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, había intervenido a favor del franquismo español, primero, y luego del Eje, en debates que fueron de mucha resonancia en su momento. Ello, como era de esperarse, lo alejó de las querencias de los Estados Unidos que veían en el personaje una manifestación del fascismo. Ganada la reputación, se esperaba que, ya elegido presidente, encontrara una fuerte resistencia por parte de Washington. Se especulaba entonces que, para congraciarse con los Estados Unidos, una decisión de gobierno que con toda claridad respaldara una política norteamericana —en este caso sería la lucha contra el comunismo—, debería surtir el efecto moderador que hiciera manejables las relaciones vitales que Colombia ha mantenido tradicionalmente con ese gobierno.

En mucho tiempo se mantuvo la tesis de que tales habían sido las consideraciones que explicaban la determinación de Gómez en el caso coreano. Las fuentes que estaban al alcance de los investigadores se reducían a las oficiales y a lo que pudiera rescatarse de los artículos y comentarios publicados en la prensa, que adolecía de los límites impuestos por la censura.

A raíz de la desclasificación de los archivos en Washington ha sido posible revisar la situación y los hallazgos han revelado matices hasta ahora desconocidos. Tres publicaciones (Valencia y Puyana, 2003; Valencia y Sandoval, 2001; Varela, 1998), apoyadas en estas nuevas fuentes, han ampliado la comprensión de las determinaciones del gobierno de Gómez.

En efecto, si bien es cierto que en un principio, tras la decisión de las Naciones Unidas de concurrir en apoyo de la democracia coreana, los Estados Unidos instaron a los gobiernos latinoamericanos para que se sumaran a las fuerzas multinacionales, el curso que tomaron las negociaciones llevó a una conclusión diferente a la esperada. La gran mayoría de estos países se mostró indiferente. Y los dos que reaccionaron positivamente, Argentina y Colombia, tuvieron desarrollos opuestos. Avanzadas las propuestas y comenzadas las negociaciones, los Estados Unidos revisaron su estrategia y resolvieron desestimular las dos ofertas de apoyo. Las discusiones internas del gobierno de Washington muestran

actitudes tanto cautelosas como negativas frente a los costos económicos y políticos que tendría el aceptar el apoyo de Perón y de Gómez, además de los riesgos administrativos y estratégicos de un contingente de hombres con el que la comunicación sería difícil, por no decir que imposible. En el caso colombiano, se trataba de un Ejército técnicamente atrasado y de formación alemana.

La reacción del gobierno argentino a la postura estadounidense fue la de presentar la exclusión de su ofrecimiento como resultado de su posición independiente en materia internacional, con lo cual buscó disminuir las expectativas que había generado ante la opinión pública local. Con ello, el gobierno peronista logró darle la vuelta a su favor a la negativa de los Estados Unidos que le era bastante embarazosa.

La decisión colombiana, en cambio, fue la de insistir en ser aceptados como aportantes en el conflicto, para lo cual la capacidad de cabildeo del embajador de Colombia en Washington, Eduardo Zuleta, se puso a prueba. La oferta inicial era enviar una fragata, la Almirante Padilla. Sin embargo, esta requería de reparaciones y adecuaciones, pues no se encontraba en condiciones de combate. Bogotá solicitó se le hicieran a la nave los arreglos necesarios, y se entrenara y dotara a los soldados y marinos que acompañarían la misión. La contrapropuesta de Estados Unidos consistió en que tales solicitudes se aceptaban a condición de que los gastos involucrados en ellas fueran sufragados por el gobierno de Colombia, compromiso que se adquirió en el curso de las negociaciones que llevaron a cabo el ministro de Guerra de Colombia José María Bernal y el embajador Zuleta. La exigibilidad de tales pagos se respondió con solicitudes de aplazamiento por parte de Bogotá y, con el tiempo, terminó diluyéndose en los archivos hasta cuando, en el gobierno de Rojas Pinilla, fue declarada como donación.

Lo novedoso de estos hallazgos, es la revelación del esfuerzo que tuvo que hacer Colombia para ser admitida en el conflicto, lo cual deja sin piso la hipótesis de que fue la presión de los Estados Unidos la que determinó la participación. De igual manera, queda sin fundamento la hipótesis moral que explica el envío de tropas como una manifestación de una posición anticomunista, lo mismo que la hipótesis de oportunidad que interpreta la determinación como una maniobra del presidente Gómez para atraerse las simpatías de Washington.

El análisis de los datos permite afirmar que, evidentemente, lo que movió la participación colombiana fue el deseo de renovar la capacidad estratégica y de combate del Ejército Nacional. Lo cual no fue nada extraño durante la confrontación. Fue la misma motivación que tuvo el gobierno francés que buscaba preparar mejor a sus Fuerzas Armadas, accediendo a las nuevas tecnologías desarrolladas por los Estados Unidos.

Sin embargo, todavía quedan cabos sueltos y temas que habrán de ser objeto de detenidas investigaciones. Una de las hipótesis que de manera incisiva plantea Cha Kyong Mi, es la de que la motivación detrás de la renovación de las Fuerzas Armadas colombianas, no fue otra que la de fortalecer el gobierno conservador de Gómez. En otras palabras, lo

que sugiere Cha es el mejoramiento no de unas fuerzas neutrales y profesionales, sino de unas con vocación conservadora. Y si ello pudiera llegar a comprobarse, por la misma vía podría explicarse el cabildeo que hizo el partido liberal en Washington para oponerse a las intenciones del presidente. Oposición que, como se dijo atrás, no pudo expresarse en Colombia debido a la censura imperante.

Ahora bien, independientemente de cuáles hayan sido las motivaciones políticas y estratégicas del gobierno de Gómez, lo concreto fue el envío de un número significativo de hombres que lucharon en Corea, al lado de las tropas internacionales y locales, y de cuyo sacrificio y heroicidad da cuenta la historia de lo que algunos han llamado “la guerra olvidada”.

Estos hechos, dolorosos para las familias colombianas que perdieron a sus seres queridos o que los recibieron con las heridas de la guerra (algunos incapacitados de por vida), son la piedra angular sobre la cual se han tejido las relaciones bilaterales en el curso del último medio siglo entre los dos países. No ha habido ocasión en que la memoria de este acontecer no se mencione en las reuniones tanto públicas como privadas celebradas entre colombianos y coreanos.

La apertura de relaciones diplomáticas

El 10 de marzo de 1962 se acordó el establecimiento de relaciones diplomáticas entre la República de Corea y la República de Colombia como resultado de los contactos y negociaciones que tuvieron lugar en Washington. Hasta ahora no se han encontrado evidencias que indiquen el origen de la iniciativa. No obstante, los indicios favorecen la conjetura de que la motivación vino del lado coreano.

En Colombia, la crisis derivada de las tensiones internas habían conducido a un golpe militar encabezado por el general Rojas, en 1953, gobierno que a su vez fue derrocado por otro golpe en 1957. Como producto de este último llegó al poder una junta de gobierno militar que convocó un plebiscito y realizó unas elecciones democráticas que devolvieron la normalidad institucional al país y daría ocasión a la formación de lo que se conoce como el Frente Nacional.

El primer gobierno de este periodo, el del presidente Alberto Lleras (1958-1962), concentró sus esfuerzos en la consolidación de la paz interior y en el fortalecimiento de las relaciones con los Estados Unidos. Fue notorio su viaje a ese país en 1961. Los intereses y necesidades, como puede verse en este contexto, giraban en un eje diferente al del Asia.

En el otro extremo, la crítica situación en Corea había llevado al golpe de Estado del 16 de mayo de 1961, movimiento que encabezó el mayor general Park Chung Hee. Los problemas sociales y económicos que siguieron a la guerra y la inhabilidad de los gobiernos del Dr. Syngman Rhee y de Chang Myun para canalizar la revuelta política nacional,

convencieron a Park de la necesidad de un cambio. Su acción, como era previsible, no fue del agrado de Washington. Aunque los hechos, que sucedieron de manera irreversible, no dejaron una opción distinta a la de convivir con la nueva situación creada por el nuevo régimen, pero con la condición de una permanencia corta que debería resolverse a través de un proceso electoral.

La presencia, los esfuerzos y aportes de Estados Unidos desde la derrota japonesa, pasando por la guerra de Corea y la reconstrucción del país, estuvieron fundamentados en la defensa de la democracia. De tal manera, la salida pragmática con que se aceptó el golpe de Park en un principio, no aseguraba el futuro del régimen. Y en la cabeza del general, según se conoce ahora, rondaban otras ideas.

Lo cierto es que, es en este momento cuando el gobierno de Seúl empieza a relacionarse con el resto de países latinoamericanos. No resulta muy arriesgado señalar que estos movimientos pudieron haber estado enmarcados en la necesidad de buscar apoyo internacional al gobierno recién constituido por el general Park Chung Hee. Es en estos tiempos cuando se incuba un nuevo estilo de política exterior que habrá de conocerse como “diplomacia autónoma”, con el propósito de diversificar la acción internacional de una manera pragmática y realista, más allá de la muy antigua tradición del *sasae chuui* (en servicio del país poderoso) (Han, 1982).

Una de las prontas necesidades que el nuevo gobierno debía solucionar, era garantizar el apoyo de los Estados Unidos. Park enfrentaba no solo el hecho de haber llegado al poder por fuera de la ley, sino que sobre él se tendía una sombra gravísima respecto a sus simpatías y, en especial las de su hermano, por los comunistas. Para lograr estos objetivos, se requería de un embajador que tuviera buena aceptación en los círculos de Washington y cuyo nombre despertara la confianza del gobierno estadounidense. Muy rápidamente se hicieron los arreglos para que el general Chung Il-Kwon asumiera su posición en junio de 1961, pocos días después del golpe. La carrera de Chung había sido deslumbrante. Compañero de Park en la academia de Manchukuo y en la japonesa, ambos habían pertenecido al Ejército imperial de Japón. En 1946, se alistó en la academia militar para continuar sus estudios y ascender a capitán. Pero ya a finales de ese año, era comandante de regimiento hasta convertirse, en 1949, en brigadier general. Empezada la guerra en 1950 fue nombrado mayor general y, a la edad de 33 años se convirtió en el comandante del Ejército coreano. En 1954 fue ascendido a general y en 1956, a los 37 años, asumió como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas antes de retirarse del servicio en 1957.

Su siguiente destino, luego de su asombrosa carrera que lo destacó en el ámbito nacional, fue el nombramiento que le hizo el presidente Rhee como embajador en Turquía. Esta decisión tuvo posiblemente como objetivo mantenerlo lejos de los hilos del poder. Más tarde, entre mayo y septiembre de 1960 actuó como embajador del gobierno de Chang Myun en Washington después de lo cual se refugió como profesor en Harvard. Y

más tarde, como se mencionó, fue nombrado de nuevo embajador en Washington, posición que ocupó hasta abril de 1963 (Oh, 2003).

Corea, que para ese momento no había sido admitida en las Naciones Unidas, tenía una debilidad notoria en cuanto a su presencia en los escenarios internacionales. Tan solo contaba con embajadores en 15 países (Lee, 2004). Si se considera esta realidad frente al riesgo que significaba desafiar a los Estados Unidos con el mantenimiento de un gobierno irregular, resulta bastante comprensible que lo inminente era ampliar la base de apoyo en el mundo, para lo cual requería diversificar sus relaciones. Ello puede explicar la explosión de misiones que abrió en todo el orbe y que incluyeron varias en los países latinoamericanos. En esta última región, ya se contaba con una misión en Brasil que fue el primer país suramericano con el que se establecieron relaciones en 1959 y donde se abrió la primera embajada en 1962, fecha que coincide con los movimientos y necesidades descritos.

Referente a la decisión colombiana de aceptar la invitación de Corea, la hipótesis que los datos permiten elaborar es la de que la proximidad y las simpatías del embajador Chung con las autoridades en Washington, y la cercanía del gobierno de Bogotá con la administración Kennedy, debieron propiciar el acuerdo para establecer relaciones. El primer embajador coreano fue el mismo general Chang mientras que el primer colombiano fue el general Navas Pardo, acreditado en Tokio y concurrente en Seúl.

Quizá, el mayor cambio y la herencia más significativa de este periodo de renovación de la política internacional coreana, lo constituyó la firma del tratado de normalización con el Japón en 1965. De hecho, a partir de ese momento se produce un cambio trascendental en la política de estos dos países y de toda la región asiática. Y para Corea significa también, la base de su despegue económico, el cual, a partir de estos avances, habrá de permitir una más estrecha colaboración entre gobiernos y entre los sectores privados de la península y del archipiélago.

Embajadores residentes

Los movimientos de la política internacional llevaron a que Corea, durante la década de los años 70, reevaluara su política externa, sobre todo su extrema dependencia de los Estados Unidos. Si bien este rumbo ya se había allanado a partir del golpe de Estado de 1961, las nuevas circunstancias mundiales, en particular las que tuvieron incidencia regional, habrían de influir en nuevas posturas (Han, 1982). Dentro de los nuevos cambios, debe destacarse la aplicación de la doctrina Nixon que buscaba *desamericanizar* los compromisos militares contraídos con los asiáticos, para lo cual propiciaba una mayor intervención de Japón y un cambio de dirección de la confrontación a la negociación con el bloque comunista que, en el caso de Asia, tenía como objetivo a China (Son, 1970).

En el entorno de las relaciones bilaterales con Colombia, el primer país en abrir una sede diplomática permanente fue Corea, que estableció su embajada en Bogotá en 1973.

El ambiente que se vivía en este país estaba altamente influido por lo que se conoce como el *Nixon shock*. En efecto, la visita del presidente estadounidense a Beijing en la primavera de 1972, significó, en toda la región, un replanteamiento de las relaciones con el resto del mundo. Asia, y en especial países como Corea, se sintieron de pronto desprotegidos. Ya en 1971, la reducción de tropas estadounidenses en una tercera parte, motivó la salida de 20.000 hombres, determinación que dejó una honda sensación de debilidad e incapacidad de defensa. De estos acontecimientos se desprendió un periodo marcado por la desconfianza y el desengaño coreano hacia la política exterior de los Estados Unidos.

Sin embargo, el problema no terminaba en el plano de la defensa. Estados Unidos estaba promoviendo el diálogo con Corea del Norte, con lo cual le hacía a este país un reconocimiento de hecho. Corea del Sur, por su parte, sentía que tales maniobras deberían también estar acompañadas de un reconocimiento de su gobierno por parte de Rusia y de China que equilibrara el escenario. Pero no era esto lo único que enrarecía el ambiente.

Los efectos de Watergate, de la Guerra de Vietnam y del Koreagate¹ en la opinión pública de Estados Unidos y en la del mundo, contribuían, desde otra perspectiva, a agudizar el sentimiento de desconfianza y recelo. No resulta sorprendente que, habida cuenta de los nuevos retos, el gobierno coreano haya resuelto dar un paso más allá en términos de elevar el estatus de sus misiones mediante el establecimiento de sedes diplomáticas en varios países. En el caso de Colombia, la embajada de la República de Corea se abrió en 1973. Colombia correspondió la acción coreana con el nombramiento de un embajador residente en 1978.

El desarrollo de las relaciones

El desarrollo de las relaciones bilaterales ha estado enmarcado en una secuencia respetuosa y muy convencional: acuerdos culturales, comerciales, de cooperación; intercambio de becas; intercambio de votos y apoyos en los organismos multilaterales; visitas oficiales. Sin duda alguna, lo único que escapa de lo convencional, es la permanente afirmación de los lazos que nos han unido por la participación de Colombia en la guerra de Corea, que se repite y se renueva en cada ocasión.

La revisión del intercambio de visitas entre los dos países nos revela de inmediato un gran desequilibrio. Muchas y de muy alto nivel por la parte colombiana, seguidas por pocas y discretas por parte de los coreanos. Debe destacarse, no obstante, que las visitas de los más altos funcionarios se iniciaron del lado de Colombia con la realizada por el canciller Augusto Ramírez Ocampo en 1985.

1 Escándalo de cabildeo, en 1976, en el que el gobierno coreano y empresarios de ese país buscaron el apoyo de un número importante de congresistas en Washington con la finalidad de revertir las decisiones de Nixon.

Uno de los propósitos del gobierno del presidente Betancur, fue el de transformar las relaciones de Colombia con el Pacífico, tanto en lo local como en lo internacional. La costa Pacífica colombiana, que desde la separación de Panamá en 1903 había sido relegada casi al olvido, recibió la atención de ese gobierno que se cristalizó con la construcción de una base naval en la Bahía de Málaga. Y en lo internacional, se concretó con la apertura de una oficina comercial, con sede en Tokio, para representar los intereses comerciales de Colombia en el Asia.

La visita del canciller, que se extendió a China y Japón, fue también un primer paso de apertura a lo que sería una eventual visita presidencial. Desafortunadamente, los acontecimientos internos que debió enfrentar el presidente Betancur, no permitieron concretarla. Este primer acercamiento, que tendría continuidad en los gobiernos siguientes, corresponde a un proyecto que se sigue dando y que tiene como objetivo la inserción colombiana en la Cuenca del Pacífico. Dentro de tales propósitos se han llevado a cabo tres visitas del más alto nivel a Corea: la de los presidentes Barco en 1987, Samper en 1996 y Santos en 2011. A estas deben agregarse un sinnúmero de visitas, tanto oficiales como no oficiales, en las que han intervenido ministros de Estado, altos funcionarios y destacados líderes del sector privado y la academia.

Perspectivas

Tal como lo señalan algunos teóricos, existe una relación directa entre los problemas internos y la formulación y ejecución de la política externa (Yough, 1984) de la misma manera que las tensiones con los socios principales, generan un movimiento hacia nuevas relaciones (Cha, 1999). Ello explicaría los cambios que ocurrieron durante el periodo que siguió al golpe de Estado del general Park y que condujeron a la apertura de Corea con muchos países, particularmente los latinoamericanos, dentro de lo que se denominó la “diplomacia autónoma”. Y en igual sentido serviría para enmarcar la participación colombiana en el conflicto coreano en 1950.

En las relaciones exteriores de Corea y de Colombia, Washington ha sido el punto de anclaje de ambos países. En un segundo nivel, aparecen las relaciones con los vecinos: la Comunidad Andina, en el caso colombiano, y Corea del Norte, China, Japón y Rusia, en el coreano. Las tensiones entre estos agentes, provocan reacciones de acomodamiento que se manifiestan en los matices que se han encontrado y descrito en este trabajo. Con el resto del mundo, en términos generales, lo bilateral es desplazado por lo multilateral. Y, en otras palabras, como consecuencia de las prácticas internacionales, el peso de las negociaciones se inclina más hacia el de los apoyos que hacia el de los programas, más hacia lo convencional que hacia lo substancial.

La paradoja que surge de esta situación, es que la opción multilateral se debilita salvo que se logren fortalecer vínculos bilaterales sanos. Y a estas últimas solamente se llega en

la medida que los países sean capaces de establecer proyectos conjuntos y concretos de mutuo beneficio. Hasta ahora el vacío de proyectos políticos ha sido llenado por los intereses comerciales. Pero sobre este particular no puede perderse de vista que los conceptos del Estado-nación y de soberanía se están desdibujando y que los avances en la libertad de comercio y de flujo de capitales no permiten una intervención abierta de los gobiernos. Dicho de otra manera, el intercambio mundial es, hoy en día, un campo más propio para la acción del sector privado que para el sector público. Sin que ello signifique una disminución de la posibilidad de convocatoria por parte del sector gubernamental ni una sustitución de sus responsabilidades.

En el campo de lo multilateral y de lo regional, las expectativas colombianas en las últimas dos décadas están concentradas en el acceso a la Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC, por su sigla en inglés) que, hasta ahora, ha sido esquivo. Por otro lado, la manera como se desdibuja la acción del Consejo Económico de la Cuenca del Pacífico (PBEC, por su sigla en inglés) y la forma como evoluciona el Consejo de Cooperación Económica del Pacífico (PECC, por su sigla en inglés) después de la crisis de 1997, no hacen posible ver un panorama despejado. Por su lado, el Foro de Cooperación de América Latina y Asia del Este (FOCALAE), mecanismo en el que Corea ha mostrado mucho interés, aún no logra llevar el diálogo entre Asia y Latinoamérica a los niveles deseados. Y finalmente, con la aparición del Trans-Pacific Strategic Economic Partnership Agreement (TPP) y su promoción —sin dejar de nombrar las múltiples iniciativas regionales que cursan tanto en Asia como en Latinoamérica—, lo único que podría afirmarse es que cada día las perspectivas se vuelven más complejas e inciertas. En tal sentido, una revaloración de las acciones y metas de Colombia se hace cada vez más necesaria.

Ahora, como el camino que Colombia ha escogido para su relacionamiento con Asia y, en concreto con Corea, es el comercial, deben reconocerse los problemas latentes como el enorme vacío en términos del mutuo conocimiento de nuestras culturas y de las particularidades de nuestras instituciones. Los negocios requieren de una asentada confianza en las reglas de juego. Por ello, las diferencias en nuestros sistemas legales merecen una aproximación cuidadosa. Para tal efecto, puede impulsarse la creación de un “Consejo para el Derecho del Pacífico” que se encargue de investigar y procurar un mejor entendimiento de los sistemas legales de la región.

Y en otros campos, vitales para que mecanismos como los tratados preferenciales de comercio funcionen, no se pueden abandonar a los demás actores como lo son los sindicatos y las ONG, como tampoco se pueden desestimar temas cruciales como la movilidad de la mano de obra, la seguridad alimentaria y otros tantos de la misma guisa.

Además, en relación con nuestro mayor haber en las relaciones bilaterales, no puede dejarse de lado el hecho de que la memoria de la guerra únicamente la guardan los mayores. La juventud es indiferente o quiere olvidarla o, aún peor, ya la ha olvidado. Tal fue la conclusión a la que llegó el autor después de entrevistar en Seúl a un número considerable de universitarios y de funcionarios jóvenes del sector público y del privado. Lo evidente es

que estos episodios históricos poco o nada significan para las nuevas generaciones de coreanos. En otras palabras, el fundamento de nuestras relaciones está en riesgo. Colombia podría promover la realización de concursos de tipo académico para refrescar el sentido de nuestro aporte. Y, seguramente, podrá encontrar apoyo en las varias instituciones interesadas en los asuntos latinoamericanos. Pero el símbolo está condenado a ser cada vez más marginal.

Hasta 2011, los intereses de Corea en Latinoamérica favorecían a otros países y el nuestro mantenía una posición modesta. Durante el viaje del presidente Santos en 2011, Corea anunció que elevaba a nivel estratégico sus relaciones con el gobierno de Bogotá. No se ha revelado qué puede haber detrás de este nuevo desarrollo. Sin embargo, ni las negociaciones del tratado de comercio preferencial que se adelanta, ni las expectativas de concretar ventas en el sector de defensa parecen suficientes para comprender el avance. Se requerirá, por cierto, de un buen seguimiento.

En materia de intercambios académicos, ha disminuido la afluencia de estudiantes coreanos a Colombia y las becas que se ofrecen por la parte coreana, son reducidas. Este espacio, que constituye la proyección de nuestras relaciones hacia el futuro, debería también ser objeto de consultas. Y como elemento dinamizador de la iniciativa que se está desarrollando con la Universidad de Buenos Aires para la promoción de los estudios coreanos en Argentina, debería buscarse una articulación con el resto de Latinoamérica.

A manera de conclusión

La conclusión a que ha podido llegarse, sin que con ello se desconozcan el trabajo, los esfuerzos y compromisos del pasado, es que lo importante está por delante. En medio siglo fue posible construir un símbolo alrededor del sacrificio de los militares colombianos en la guerra del 50. Pero hubo una enorme incapacidad de lado y lado para sobrepasar los límites de la retórica. Las realidades de hoy van más allá. Ese es el sentido del subtítulo de este artículo: nos encontramos frente a un camino sin recorrer. Pero promisorio si lo afrontamos con determinación.

Bibliografía

- CHA, V. D. (1999). *Alignment despite antagonism; the United States – Korea – Japan security triangle*. Stanford: Stanford University Press.
- HAN, S. J. (1982). “The Korean-American relations during the Post-War War II period”. En: *Korea Journal*, 4(10), pp. 28-33.

- LEE, H. B., y SATORU, O. (2004). "Possibility of realizing a Japan-Korea FTA". En: *The Journal of East Asian Affairs*, 18(1), pp. 131-156.
- LEE, T. W., y KIM, H-K. (2004). *Task and times, memoirs of Lee Tong Wo. Foreign Minister Who Finalized the ROK-Japan Normalization Treaty*. Seoul: Jimoondang.
- MONSALVE, M. (1954). *Colombia posesiones presidenciales 1810-1954*. Bogotá: Iqueima.
- OH, J. K. (2003). *The korean embassy in America*. Seoul: Hollym Corporation Publishers.
- SETH, M. J. (2011). *A history of Korea. From antoquity to the present*. Plymouth: Rowman & Littlefield Publishers, Inc.
- SON, C-S. (1970). "Foreign diplomacy in the 70s: challenge of de-americanization policy". En: *Korea Journal*, 10(5), pp. 4-7.
- VALENCIA, Á., y SANDOVAL, F. (2001). *Colombia en la Guerra de Corea: la historia secreta*. Bogotá: Planeta Colombiana S. A.
- VARELA, D. F. (1998). *Documentos de la embajada. 10 años de historia colombiana según diplomáticos norteamericanos (1943-1953)*. Bogotá: Planeta Colombiana S. A.